

Supónese que Ravaillac tomó de aquella obra de Mariana las opiniones que le hicieron cometer el asesinato de Enrique IV. Ravaillac no sabía el latín, y por consiguiente no había podido leer el tratado *de Rege*; pero es posible que hubiese oído hablar de las consecuencias que de él se derivan. De modo que la doctrina del regicidio apareció por de pronto en el mundo para preconizar el crimen de Jacobo Clemente, é inspirar el que cometió Ravaillac. La muerte de Carlos I dió nueva celebridad á los principios de Buchanan y Mariana. Un campeón de la autoridad real, llamado Saumaise se lanzó á la arena, armado con toda la erudición de su siglo y publicó su famoso tratado DEFENSIO REGIA PRO CAROLO I.

Por de pronto probó la inviolabilidad y el poder legal valiéndose de preceptos y ejemplos tomados del Antiguo Testamento y luego en el Nuevo Testamento y en la doctrina de los PP. halló autoridades para reprobear los principios de los regicidas. Pasando en seguida á los autores profanos invocó en favor de la autoridad real el parecer de los mas grandes filósofos é historiadores de la antigüedad. Saumaise no quedó sin contestación y mereció el honor de tener por adversario á uno de los mas bellos ingenios de Inglaterra. Milton, que ya se había distinguido por su obra sobre el *derecho de los reyes y de los magistrados*, que en realidad no es mas que un comentario de Mariana. Milton recogió pues el guante que se había arrojado á los regicidas, «y refutó á Saumaise, segun dice Voltaire, como una fiera combate contra un salvaje,» pero mas exacto seria decir, como un fanático combate contra un pedante. El estilo latino de Milton (1), es compacto, enérgico y algunas veces en el vigor de la expresión se conoce que fue escrito por el autor del *Paraiso perdido*; pero el modo de discurrir era digno de la causa que Milton había abrazado. Los epigramas con que se propuso sazonar su escrito no son siempre del mejor gusto; la erudición, aunque menos pródiga que en el tratado de Saumaise, está por lo general fuera de lugar, y el autor no contesta sólidamente á nada.

Sigamos oyendo á Voltaire: «Milton, dice este autor, había sido algun tiempo secretario por lo tocante al latín del parlamento llamado *Rump*, cuyo empleo le fue dado en premio de un libro latino escrito á favor de los matadores del rey Carlos I; libro (preciso es confesarlo, tan ridículo por el estilo, como detestable por la materia). Bien puede comprenderse si un atrabiliario pedante de aquel género, y defensor de un crimen tan enorme, pudo ó no agradar á la córte brillante y delicada de Carlos II.»

El grande argumento de Milton era el que tambien habían empleado los jueces de Carlos I, y así como Ludlow lo sacaba de este texto de la Sagrada Escritura: «La sangre no puede ser purificada de la sangre derramada sino con la sangre del que la derramó.»

Este argumento no hubiera tenido fuerza contra Luis XVI.

CAPITULO IV.

PARALELO.

Tal fue la famosa controversia. Los que en la actualidad la recuerdan, ignoran al parecer cuanto se ha dicho y escrito antes de ahora sobre el particular: ¡Tan débiles son en pruebas, en citas y en argumentos! Así como los regicidas ingleses citan tambien estos á la Sagrada Escritura en apoyo de su doctrina; pero la citan vagamente, ó porque tienen

(1) *Joannis Miltonis pro populo anglicano Defensio.*

pocas nociones de ella, ó porque conocen que no les ha de ser favorable. Los autores de la muerte de Carlos eran la mayor parte fanáticos de buena fe, cristianos celosos, que abusando del texto sagrado, mataron con toda conciencia á su soberano; mas los que en Francia se han querido escudar en un caso análogo con la autoridad de la Escritura ¿no podrían ser sospechosos de haber intentado unir el parricidio con el sarcasmo? No se les podría acusar de haber querido sorprender la credulidad de los hombres sencillos por medio de citas truncadas, mal explicadas y que para ellos mismos no eran mas que un objeto de desprecio. Servirse de este modo de la incredulidad para inmolar la fe; justificar el asesinato de Luis XVI con la palabra de Dios, sin creer en ella; dar muerte al monarca en nombre de la religión á los ojos del pueblo, y en nombre de la ilustración en concepto de los hombres instruidos; encender el ara del sacrificio con la doble tea del fanatismo y de la filosofía, eso es, nadie puede negarlo, una nueva combinación.

Si los regicidas ingleses eran, segun acabamos de decirlo, unos fanáticos de buena fe, aun tenían otra ventaja. Aquellos hombres cubiertos de la sangre de sus reyes, se hallaban puros de la de sus conciudadanos. No habían firmado la proscripción de una multitud de hombres, de mujeres, de niños y ancianos; ni habían puesto sus nombres, de confianza al pié de las listas de condenados, despues de otros nombres muy poco á propósito para inspirar semejante confianza. Sin embargo aquellos hombres que nada de esto habían hecho eran aborrecidos: y el público huía de ellos como de unos pestíferos; y les daba muerte como á una fiera. ¡Cuán temible era que los franceses se dejasen llevar de semejante ejemplo! Y á pesar de eso, ¿qué es lo que decimos nosotros á ciertos hombres? Nada. Siguen gozando de su fortuna, de su rango y de sus honores. Así como el rey, jamás les hubiéramos hablado de su crimen, si no hubiesen sido los primeros en recordárnoslo, transformándose en delatores de sí mismos; ¡y aun se atreven á gritar quejándose del espíritu de venganza! Temamos que la posteridad no nos juzgue de distinto modo, y no confunda esa admirable facilidad de perdonarlo todo por una indiferencia culpable ó por una criminal ligereza; temamos que no considere como una miserable indiferencia hácia la virtud, y hácia el vicio lo que verdaderamente no es mas que una absoluta imposibilidad de recriminar y de obedecer.

Los ingleses que hicieron aquella revolución eran republicanos sinceros: consecuentes á sus principios los primeros de entre ellos no quisieron servir á Cromwell; Harrison, Sudlow, Vane y Lambert se opusieron decididamente á su tiranía y fueron perseguidos por él. Casi todos tenían todas las virtudes morales y religiosas, y fue tal la fuerza de su convicción que por ella casi llegaron á honrar su crimen. Tampoco se enriquecieron con el despojo de los proscriptos. En los actos judiciales á que su proceso dió lugar, cuando el presidente hacia á los testigos la pregunta de estilo: «¿El acusado tiene bienes ó posesiones?» «La respuesta fue constantemente la misma:» «No le conocemos ninguna clase de bienes al acusado.» Harrison al morir escribió á su mujer diciendo que nada dejaba mas que su Biblia (2).

Todo hombre que sigue sin variar una opinión tiene por lo menos disculpa á sus propios ojos: un republicano de buena fe, que no cede al tiempo ni á la fortuna, si por otra parte no se le puede imputar crimen alguno, puede merecer ser apreciado.

Mas si á sombra de la opinión política se han acumulado fortunas inmensas; si despues de haber de-

(2) *Trial of the Reg.*

gollado el cordero se han hecho caricias al tigre; si Bruto ha recibido pensiones de César, lo mejor que se puede hacer es callar: el acento de la altivez y de la amenaza no se acomodan ya bien en semejantes personas.

«Nada podíamos hacer contra la fuerza.»

¿Habeis podido hacer algo contra la virtud!

Singular es la razon que alegan para cohonestar la muerte de Luis XVI. Dicen que cuando fue sentenciado ya no era rey; que su pérdida era inevitable, y que su muerte fue pronunciada como se pronuncia la de un enfermo desahuciado.

¿Hemos leído bien? ¿Creeremos á nuestros ojos? ¿Desde cuando el médico envenena al enfermo de cuya vida no tiene ya esperanza? ¿Era por ventura tan mortal la enfermedad de Luis XVI? ¿Ojala que aquel monarca, á quien dieron muerte por que no había ya otro medio de contener las facciones, hubiese sido víctima de estas! ¿Ojala hubiera perecido en una insurrección popular! La Francia lamentaría una desgracia; pero no tendría que avergonzarse de un crimen.

Asegurais «que si los jueces que condenaron al rey á muerte se engañaron, incurrieron en este error juntamente con toda la nación que por medio de numerosas manifestaciones se adhirió á su sentencia. Los gabinetes extranjeros al tratar con aquellos jueces les demostraron tambien que no vituperaban la muerte de Luis.»

No manceilleis á todos los franceses para escusar á unos cuantos hombres. ¿Como sin avergonzarse pueden citar esas manifestaciones de los ayuntamientos gobernados por un club de Jacobinos á impulsos de las amenazas y el terror? Por otra parte, con solo un hecho se destruye esa suposición. Si al conducir el rey al cadalso nada mas se hizo que seguir la opinión del pueblo ¿porqué no quisieron los jueces admitir la apelación al pueblo? Si Luis era culpable, si los votos eran unánimes, ¿porqué en el seno mismo de la Convención anduvieron tan distantes de esa unanimidad? La alta cámara que condenó á Carlos lo condenó unánimemente. La Francia os devuelve el cargo que habeis intentado poner sobre ella: ¡pesado es! pero os pertenece, sufrirlo.

«Los gabinetes extranjeros han tratado con vosotros.» Pero no en los momentos de la muerte del rey. El asesinato de Luis, del mas dulce é inocente de los hombres acabó de armar contra vosotros á toda la Europa. En todos los ángulos del mundo se elevó un grito de indignación: un francés hallaba insultos por vuestro crimen hasta en los pueblos acostumbrados á degollar sus gefes en Constantinopla, en Argel y en Túnez. Por haber los extranjeros tratado con vosotros, ¿se ha de inferir que aprobaron la muerte del rey? Decid mas bien que el valor de nuestros soldados salvó á la Francia del peligro en que la pusisteis provocando por un crimen inaudito la venganza de todos los pueblos. No es con vosotros con quienes han tratado los extranjeros, sino con la gloria de nuestras armas, con aquella bandera bajo la cual se refugió el honor francés y que pudo cubrirlos con su sombra.

CAPITULO V.

ILUSIONES DE LOS APOLOGISTAS DE LA MUERTE DE LUIS XVI.

¿Qué es lo que quieren en último término los autores de esos deplorables sistemas? ¿La república? Ya están curados de esa quimera. ¿Una monarquía limitada? La tienen y ellos mismos confiesan que todas las garantías de la libertad se hallan en la Carta: Si sondeamos la herida encontraremos una conciencia enfer-

ma que con nada puede tranquilizarse, una vanidad afectada de padecimientos que se irrita de no ser la exclusivamente llamada á los consejos del rey, y que aun respecto de él quisiera gozar no solo de igualdad, sino hasta de preferencia, y por último encontraremos una secreta desesperación procedente del insuperable obstáculo que existe entre Luis XVIII y los jueces de Luis XVI. ¿No les sería á tales hombres mucho mas favorable hacerse justicia, confesar ingenuamente sus faltas, convenir en que nunca pueden ser agradable sociedad para el rey, y agradecer sus bondades en vez de sentirse humillados con su silencio, con la paz que les concede y con la dicha que por toda venganza derrama sobre ellos?

Sin embargo es probable que no tratan de ponerse tan en completa evidencia sino porque se hacen aun ilusiones acerca de su posición: preciso es desengañarles.

No dejan de tener motivos para decirnos que la Francia entera participaba de su culpa de la muerte del rey. «Si nos castigan, dicen entre sí, no tardarán en hacer lo mismo con los que nos siguen: nosotros somos la primera falange: una vez rota esta, todo lo demás será arrollado por todas partes.» Con esta política esperan reclutar mucha gente bajo sus banderas, y hacerse temibles por una especie de coalición.

Por de pronto nadie piensa en ellos; nadie les amenaza. ¿Por qué son pues tan susceptibles? ¿por que toman el llanto que se derrama en recuerdo de Luis XVI por actos de acusación? ¿Será preciso que para no afectar su susceptibilidad nos abstengamos de sentimientos? ¿El dolor es venganza? ¿El arrepentimiento es reacción? Aun suponiendo que esas personas tuvieran justos motivos de temor, están completamente equivocadas cuando se imaginan que todos los franceses hacen causa común con ellas. La muerte del rey y de la familia real es el verdadero crimen de la revolución, pues otros muchos de sus actos son errores colectivos, frecuentemente expiados con virtudes y redimidos con servicios, faltas comunes que no pueden ser imputadas á particulares, desgracias que son el resultado de las pasiones, obra del tiempo é inevitable efecto de la necesidad.

Mas los autores del regicidio componen un grupo perfectamente aislado y bajo este punto de vista no inspiran ningun interés.

No hacemos una suposición vana: la formación de la cámara de los Pares ha debido necesariamente sufrir algunas exclusiones: ¿mas por eso se ha afligido al pueblo? La cámara de los Diputados contaba entre sus dependientes inferiores algunos que tuvieron la desgracia de haber tenido parte en la muerte de Luis XVI: el gobierno les ha invitado á retirarse y en este modo de obrar la nación no ha visto mas que la interpretación de sus propias opiniones. Los dignos representantes del pueblo francés deben ser el modelo de toda acción noble y útil: uno de ellos ha tenido la vaerosa abnegación de confesar su falta, desterrándose de entre sus compañeros. Quien de este modo se juzga á sí mismo, quita á los demás el derecho de juzgarlo, y de él puede decirse que ha salido de la clase de los culpables para entrar en la de los desgraciados.

Deben pues los que pronunciaron la sentencia de Luis XVI perder la esperanza de involucrar á todos los franceses en su causa. Tampoco deben confiar demasiado en su propio número. Efectivamente, no condenaría mas separar de ese número á los que votaron la muerte con apelación al pueblo, ó con una condición cuyo objeto era retardar la catástrofe? Estos tenían tal vez el pensamiento de salvar á su señor. En tales tiempos 24 horas eran todo: podían presumirse que fuesen mas acomodados para salvar al rey votos, que presentando una esperanza de salvación, no chocaran de frente con el furor revolucionario, que los que se concretaran á una negativa absoluta. Será un

error, será una debilidad; ¿pero quién se libra de errores ó debilidades? Trasládemonos á aquellos espantosos momentos: veamos las tribunas llenas de verdugos y asesinos, rodeando á la Convencion, señalando con el dedo, destinando al puñal á quien se negara á tomar parte en el asesinato de Luis XVI. Los sitios públicos, las plazas, y las encrucijadas resonaban con alaridos y amenazas. A la vista estaba aun el ejemplo de las matanzas de setiembre y conocidos eran los excesos á que una poblacion desenfrenada podia entregarse.

Tambien es cierto que ya se habian hecho preparativos para degollar á la familia real, una porcion de diputados y muchos millares de proscriptos, en el caso de no haber sido condenado el rey. Acosado por tantos peligros cree un hombre hallar medio de conciliar todos los intereses; imagínase que con un voto evasivo salvará la familia real, suspenderá la muerte del rey, é impedirá una matanza general: apodérase con ansiedad de esa funesta idea y pronuncia un voto condicional. Pero sus colegas no se engañan: adivinan su intencion, desechan con furor la apelacion al pueblo, las condiciones dilatorias, y cuentan su voto en el número de los votos de muerte: ¿Será culpable un hombre que haya obrado de este modo? Lo será con arreglo al derecho; acaso no lo será con arreglo á la intencion. No se trata aquí de principios rigurosos, pues en tal caso hasta los mismos que votaron por la vida del rey no serian menos culpables de lesa magestad, como lo hicieron ver los jueces ingleses en el proceso de los regicidas. Pero nuestras desgracias son tan grandes que exceden toda comparacion y toda regla. Fáciles decir en momentos de calma y de seguridad: «Yo hubiera obrado de este modo: no me habria portado así: solo en el dia del combate es cuando se conocen las fuerzas. No debemos pues juzgar con rigor lo que se hizo bajo la impresion del puñal: en este caso la suposicion de buenas intenciones constituye la inocencia, y lo demás es efecto del tiempo y de la fragilidad humana.

Conviene asimismo clasificar á parte á los que habiendo sido llamados despues de la muerte del rey á ocupar los altos puestos del Estado, trataron de expiar sus primeros errores salvando víctimas, resistiéndose con denuedo á los sangrientos decretos de la tiranía, y que despues de la restauracion han demostrado con su obediencia y deseo de ser útiles á la monarquía, cuan agradecidos quedaban á la misericordia régia.

Hé aquí pues el débil batallon de los que se creen tan fuertes desmembrado de todo lo que no debe numerarse entre sus filas. Engañanse tambien mucho cuando exclaman que son la salvaguardia de todo el que ha participado de las turbulencias de la Francia. Mucho mas exacto seria decir que si algo ha podido causar alarma en los ánimos es el perdon concedido á los jueces del rey.

Ese perdon tiene algo de *sobrehumano* y los hombres están propensos á no creerlo. El exceso de virtud hace sospechar de la virtud. No faltaria acaso quien dijera: «El rey no puede tratar de ese modo á los asesinos de su hermano, y supuesto que á todos perdona, creemos que allá en el fondo de su alma no perdona á ninguno. De manera que el respetar la vida, la libertad, la fortuna y los honores de los que votaron la muerte del rey en vez de tranquilizar á la multitud no sirvieron mas que para inquietarla.»

Peró el rey no quiere proibir á nadie: es fuerte, muy fuerte: ningun poder podria en la actualidad conmovier su trono. Si quisiera castigar no tendria necesidad de esperar otros tiempos, ni otras circunstancias, ni tiene motivo ninguno para disimular. No castiga, porque á i como su hermano de dolorosa y santa memoria, ha recibido por herencia la misericordia, y porque así como Luis XVI tampoco quisiera salvar su

vida si hubiese de costar una sola gota de sangre francesa. Ademas de todo esto ha empeñado ya su real palabra, y á imitacion suya ningun francés desea venganzas ni reacciones. ¿Qué se pide á los que tuvieron la enorme desgracia de condenar á muerte al hijo de San Luis y de Enrique IV? Que gocen en paz lo que han adquirido y eduquen tranquilamente su familia. No es tan costoso por cierto cuando el hombre se va acercando á la vejez, cuando se ha conocido el mundo, cuando se ha pasado ya de la edad de la ambicion, y se ha vivido entre sangre, turbulencias y tempestades, no es tan duro, decimos, hacer un momento de alto para acabarse de conocer antes de ir á donde fué Luis XVI. Este monarca hizo un postrer viaje no en la plenitud de sus ideas, no lentamente, no rodeado de sus amigos, no con comodidades ni consuelos, sino jóven, apremiado, solo, faltar de todo.... y sin embargo lo hizo en paz.

¿Quiéren los que le hicieron partir tan precipitadamente probar al mundo que merecen la clemencia de que son objeto? Traten de no agitar los ánimos, ni diseminar vanos temores. Todo buen francés debe encerrar sus propios resentimientos en el fondo de su corazon, aun cuando sean muy razonables. Cualquiera que publique obras cuyo objeto sea exasperar los ánimos y fomentar la division, es culpable. La Francia necesita tranquilidad: lo que conviene es derramar bálsamo en las heridas y de ningun modo estimularlas ni dilatarlas. Lejos de nosotros el mostrarnos injustos con los hombres de quien hablamos: muchos de ellos tienen talentos, cualidades morales, carácter enérgico, mucha capacidad para los asuntos, y experiencia de los hombres. Finalmente si en la restauracion de la monarquía hay algo que les molesta, vuelvan la vista á lo que ellos hicieron y tengan bastante sinceridad para confesar que las imperfecciones que ahora les chocan, son nada en comparacion de los errores en que ellos mismos cayeron en otro tiempo.

CAPITULO VI.

DE LOS EMIGRADOS EN GENERAL.

En los folletos de la época encontramos mucha acrimonia contra esa clase de franceses desgraciados y en medio de todos sus clamores siempre vuelve á reproducirse por tema el asunto de la muerte del rey: «*Los emigrados son los que dieron la muerte al rey: los emigrados son los que nos han traído las cadenas: ellos son los que acusan á los liberales de toda clase de crimenes: preciso es haber sido Chuan, Vandeano, Cosaco, ó Inglés para ser bien recibido en la corte, y sin embargo ¿qué ha hecho la nobleza? ¿qué ha hecho en beneficio del monarca el clero?*»

Dícese que un hombre es causa de la muerte de su amigo, cuando este hombre apreciando mal un acontecimiento, ha elegido para salvar á su amigo un medio con el cual no consiguió salvarlo; ¿pero habrá quien tome esta expresion metafórica en su expresion literal? ¿Se ha podido nunca establecer formal comparacion entre el asesino real de un hombre y el amigo de este? ¿Cómo un espíritu ilustrado no ha podido encontrar mas que ese mezquino sofisma para defender una causa que hubiera sido mucho mas prudente dejar sepultada en el olvido?

¿La emigracion fue una medida saludable ó funesta? Sobre esta cuestion se puede opinar de distinto modo. Ante todo es preciso saber si aquella medida fue espontánea, ó violenta, es decir si los hombres insultados, quemados en sus quintas, perseguidos con chuzos, y arrastrados al cadalso, se vieron ó no obligados á abandonar su patria, y si hallándose con sus príncipes en los campos del destierro, debieron ó no ofrecerles su brazo. ¿No saben por propia experiencia

los que actualmente acriminan la accion de haber salido de Francia, que hay casos en que uno se ve en la precision de *huir, de escalar las paredes durante la noche y de correr á confiar su vida á una tierra extranjera?* ¿Pueden negar la persecucion? ¿no existen las listas? ¿No aparecen aun con sus firmas? ¿Una sola de aquellas listas no comprende á 15 ó 16,000 personas de diferente sexo, y edad?

¿Aduciremos aun otra razon para justificar la necesidad de la emigracion? No diremos que la razon que vamos á alegar consistia en una ley escrita, pero estaba vigente en el derecho usual de los Franceses: en el honor. Como quiera que se le considere este honor con razon ó sin razon es *obligatorio*. Tratándose de discorrir con exactitud es preciso colocarse en la situacion de aquel por quien se discurre. Una vez convenido en que todo noble debia ir á batirse á las orillas del Rin, ¿por qué razon no lo habia de hacer? ¿Mas quién habia convenido en ese deber? La corporacion, el orden social á que aquel noble pertenecia. La corporacion se engañaba. Sea así; pero se engañaba como aquel anciano rey de Bohemia que á pesar de hallarse ya sin vista, quiso romper una lanza en Crecy, y halló la muerte. ¿Quién le obligaba á ese anciano rey á batirse? El honor. Todo el ejército comprenderá esta razon.

¿Qué ha hecho la nobleza por el rey? Por él ha derramado su sangre en Haguenau, en Weissembourg y en Quiberon, y por él sufre aun en la actualidad la pérdida de sus bienes. El ejército de Condé, que conducido por tres héroes, se batia en Berstheim al grito de *viva el rey*, no era el que le daba muerte en Paris (1).

Peró los emigrados, permaneciendo en Francia habrian podido salvar al rey. ¿Pudieron librar de la muerte á su desgraciado señor los realistas ingleses que no salieron de su patria? ¿Es que Clarendon y Talkland inmolaron á Carlos, como Lally-Tollendal y Sombreuil degollaron á Luis?

¿Qué ha hecho el clero por el rey? Preguntado á la iglesia de los carmelitas, á los pontones de Rochefort, á los desiertos de Sinnamary, á los bosques de la Bretaña y de la Vandé, á todas aquellas grutas, á todas aquellas rocas en que se celebraban los santos misterios en memoria del rey mártir; preguntado á todos aquellos apóstoles que disfrazados con el traje de paisano, y confundidos entre la multitud esperaban que pasara el carro de las proscripciones para bendecir á vuestras víctimas; preguntado á toda la Europa que ha visto al clero francés seguir en sus tribulaciones al hijo mayor de la Iglesia, última pompa de aquel trono errante que la religion acompañaba cuando el mundo lo habia abandonado. ¿Qué hacen hoy esos sacerdotes que os importunan? No dan ya el pan de la caridad; lo reciben. Los sucesores de los que desmontaron los campos de las Galias, los que nos han enseñado las letras y las artes, no hacen valer sus pasados servicios; los que constituian el primer orden del Estado son acaso los únicos que no reclaman ningun derecho político: ¡sublime ejemplo dado por los discípulos de aquel cuyo reino no era de este mundo! Tantos ilustres obispos han dejado el cayado de oro para tomar el baston de los apóstoles, y nada piden de su pingüe patrimonio mas que los tesoros del Evangelio, los pobres, los enfermos, los huérfanos y todos los que vosotros habeis sumido en la desgracia.

¡Ah! ¿Cuánto mejor seria evitar esas recriminaciones, borrar esos recuerdos, destruir hasta esos nombres de emigrados, realistas, fanáticos, revolucionarios, republicanos y filósofos que deben hoy

(1) El Sr. Duque de Borbon recibió un sablazo en esta brillante jornada y estuvo en poco que una bala de cañon no arrebatase á un mismo tiempo á los tres héroes.

confundirse en el seno de la gran familia! Los emigrados acaso habrán tenido sus equivocaciones, sus debilidades y sus faltas; pero eso de decir á unos desgraciados que todo lo sacrificaron por el rey, que ellos son los que le dieron muerte, ¡eso es demasiado insensato, demasiado cruel! ¡Y quién es el que se lo dice, gran Dios!

Los emigrados nos traen la esclavitud. Fíjase la vista, y por una parte se ve un rey que nos trae una constitucion, tal cual en vano la habiamos solicitado, y en la que se hallan las bases de aquella libertad que sirvió de pretexto á nuestros furores; un rey que todo lo perdona, y cuyo regreso no ha costado á la Francia ni una gota de sangre, ni una lágrima, se ve algunos franceses que entran medio desnudos en su patria, sin socorro, sin proteccion, sin amigos; que no encuentran ya ni sus casas, ni sus familias; que pasan sin quejarse por delante de la herencia paterna, cuyos campos son cultivados por una mano extraña, y que comen en la puerta de sus antiguas moradas el pan de la caridad. Se ve que en beneficio de tales hombres hay que hacer colectas públicas; el varon de Dios (2) que les sigue como por instinto de la desgracia, les ha venido acompañando desde países remotos: ha vuelto para establecer entre nosotros en beneficio de sus hijos las escuelas que la piedad de los ingleses sostenia. Nada faltaria para coronar la obra mas que establecer esas escuelas en un rincón de la antigua vivienda del emigrado; prepararle un asilo en los hospitales fundados por sus abuelos, y en los que las rentas de su patrimonio sirven para dar á los pobres un lecho de que él carece en este instante: Nosotros no somos los que hacemos esa pintura: son los miembros de la Cámara de los diputados, que no han visto en esos desgraciados, triunfadores, sino víctimas.

Y esos vandeanos, esos chuanes, para quienes se guardan todas las gracias, ¿os importunan acaso con el favor de que gozan, ó con su boato? Su honrosa pobreza, su traje tan antiguo como su fidelidad, su porte extraño en los palacios, han sido sin embargo objeto de vuestra burla, cuando esos leales servidores corrieron desde el fondo de la Francia atraídos por la grande, la maravillosa noticia del inesperado regreso de su rey. Fijemos la vista en nuestro alrededor, y tratemos, si es posible, de ser justos. ¿Por quién se ve ocupada la casi totalidad de los grandes y pequeños destinos? ¿La ocupan los chuanes, los vandeanos, los *cosacos*, los emigrados, ó personas que prestaban sus servicios bajo otro orden de cosas? No se envidia, no se critica que estos tales ocupen los empleos; mas ¿por qué se ha de decir precisamente lo contrario de lo que sucede? No le causaba sin duda la prosperidad de los emigrados tanta admiracion á ese Mariscal de Francia que ha solicitado algun socorro para algunos caballeros pobres de S. Luis: «Pues, decia noblemente el Mariscal, es preciso quitarles su decoracion, ó darles medio para que la sostengan con decoro.» Bajo el uniforme francés no puede haber mas que sentimientos generosos.

Lo que con toda verdad se puede decir de los emigrados, tratando de hablar con equidad, es que la venta de sus bienes es una de las mayores injusticias que ha producido la revolucion, que el ejemplo de semejante trastorno de la propiedad en medio de la civilizacion de Europa es el mas funesto que en ningun tiempo se ha dado á los hombres, y que tal vez no se conseguirá una completa reconciliacion entre los franceses, mientras por medio de sabias providencias, indemnizaciones y composiciones voluntarias, no se halle arbitrio de disminuir todo lo que de escandaloso y abominable tiene la primera injusticia.

(2) El Sr. Abate Carron.

Jamás podrá nadie acostumbrarse á ver mendigar el hijo en la puerta de la casa que era patrimonio de su padre. Esto es lo que con toda exactitud puede decirse por una parte. Por otro lado es cierto que el rey ni las cámaras no han podido remediar violentamente una injusticia por medio de actos que habrían comprometido la tranquilidad del Estado; pues al fin los compradores adquirieron aquellas propiedades bajo la garantía de las leyes: las propiedades han pasado á otras manos y han ocurrido nuevos sucesores y particiones. Poniendo semejantes ventas en tela de juicio se alteraría el orden de las nuevas familias, y se producirían nuevos trastornos. Preciso es por lo tanto emplear para curar esa herida, los suaves remedios que solo el tiempo proporciona: es preciso que el discernimiento presida en las medidas que podrían tomarse. El desinterés y el honor son las dos virtudes de los franceses: con tales elementos todo puede esperarse. Dicese que el rey se propone dar una suma anual tomada del presupuesto civil para socorrer á los propietarios y fomentar las composiciones amistosas. El rey es la gloria y la salvación de la Francia.

CAPITULO VII.

SINGULAR EQUIVOCACION POR LO TOCANTE Á LA EMIGRACION.

EXAMINANDO mas de cerca la opinion de los escritores de la oposicion se ve que han caído, sea á propósito, sea involuntariamente en una singular equivocacion. ¿No parece al oírles que toda la emigracion acaba de regresar á Francia juntamente con el rey? ¿Se ignora que casi todos los emigrados volvieron hará como unos catorce ó quince años, y que los hijos de estos emigrados fueron arrebatados, unos voluntariamente, otros por fuerza, por la conscripción, ó por los colegios militares; unos apremiados por la absoluta falta de recursos, y otros para salvar á su familia de la persecucion, y que los hijos de estos emigrados, volvemos á decir, han desempeñado destinos en tiempo de Bonaparte, mereciendo que este alabase su valor, su desinterés y su lealtad en cumplir la palabra dada? Muchos de ellos han recibido heridas bajo sus banderas: gefes de los vandeanos y de los chuanes han defendido su patria contra los enemigos. En los ejércitos franceses figuraban los primeros nobles y los descendientes de las familias mas ilustres, que siendo por decirlo así, representantes de la antigua gloria nacional asistian como testigos de las nuevas victorias. En esta noble fraternidad de armas nadie tenía ya un recuerdo de las discordias civiles, y sirviendo á su patria ensayaban el modo de servir en dias mas venturosos á su rey. ¿Por ventura estos hombres que habrían podido echar de menos el rango y la fortuna de sus antepasados, estos vástagos de los Condestables y Mariscales de Francia, con la mochila del soldado á la espalda, podrán amenazarnos con la *resurreccion de todas las preocupaciones*? Por lo menos ya saben que en el ejercicio de las armas todo soldado es noble, y que todo granadero lleva escritos sus títulos de hidalguía en el papel de sus cartuchos.

En vano, pues, la malevolencia trata de crear distinciones y partidos que ni existen ni pueden existir. Si Luis XVIII no quisiese poner al frente de los destinos mas que hombres que *hubieran sido totalmente extraños á la revolucion*, ¿quién sería puro á sus ojos? pero el rey, según sus hechos lo van demostrando, es tan imparcial como ilustrado, y no establece distincion entre los que han servido al rey y los que han servido á la patria. No desnaturalizemos los hechos para alargar nuestro capricho: no

atribuyamos al monarca sentimientos que le son ajenos; ni tratemos de crear partidos empeñándonos en encontrarlos allí donde no existen.

CAPITULO VIII.

ÚTTIMOS EMIGRADOS.

De manera que todo el modo de discurrir de los folletos contra los emigrados, si bien es sofisticado en cuanto á la forma, tampoco es sólido en lo tocante al fondo. Estriba en una base falsa; pues la grande, la verdadera emigracion hace ya mucho tiempo que regresó á Francia, y ha participado ya de los intereses comunes al resto de los franceses por medio de alianzas, servicios, lazos de gratitud y hábitos de sociedad. Todo queda pues reducido al escaso número de proscritos que Luis XVIII ha traído en pos de su persona. ¿Quisierais que en su destierro el rey no hubiera tenido ni un amigo? Esto es lo que sucede mas frecuentemente á los principes desgraciados. ¿Os asustan unos pocos ancianos que abrumados por la edad y despojados por tantos sacrificios, vienen á reanimarse un momento á los rayos del sol de su patria? Os hemos dado ya noticia de sus calamidades ¿conviendria que el rey para inspiraros tranquilidad, rechazase duramente á esos ancianos? Estaría bien que les dijese: «Compañeros que habeis enancenido conmigo allá en tierras extrañas, yo estoy ya instalado en mi palacio; al fin he vuelto á hallar mi pueblo, mi felicidad y la gloria de mis antepasados: por lo tocante á vosotros, tened entendido que por mi causa habeis perdido cuanto teniais: vuestros antepasados han sido dispersados... andad, andad con Dios: no os conozco.» ¿Y adonde podrían ir esos compañeros de desgracia del rey; esos que durante la proscripción reclinaban su cansada cabeza sobre las flores de lis, casi borradas por la sangre y las lágrimas; esos que se consolaban rodeando con su respeto y sus comunes miserias al monarca en la adversidad? ¿No permitiréis que Luis XVIII pueda prestarles un pedazo de su manto? ¿Queréis que su frente se anuble de rigor al verlos; y que jamás les dirija una de esas palabras que en Francia son recompensa de todos los servicios? ¿Queréis que el monarca sea indulgente y misericordioso, y exigiá al propio tiempo que sea ingrato? Admiramos los reyes que merecieron ser amados en la desgracia y supieron amar en tiempo de la prosperidad.

CAPITULO IX.

SI ES CIERTO QUE EN LA ACTUALIDAD HAY MAS INQUIETUD QUE EN EL MOMENTO DE LA RESTAURACION.

«Al regresar los Borbones, siguen diciendo: «la alegría fue universal y no hubo mas que una opinion, un sentimiento comun: los antiguos republicanos particularmente oprimidos, aplaudieron francamente la restauracion. En la actualidad vuelven los partidos á levantar la cabeza; se ha disipado aquella bienhadada confianza, etc.» Hemos sido testigos de los primeros momentos de la restauracion, y hemos observado precisamente lo contrario de lo que se afirma en esas suposiciones. Indisputablemente se disfrutó felicidad, y causó alegría el regreso de los Borbones; pero con ellas iban mezclados muchos síntomas de inquietud. Lejos estaban los antiguos republicanos de hallarse tan satisfechos; sus aplausos no nacian del corazon. Muchos de ellos pensaban retirarse, y habian tomado ya todas sus medidas para la fuga. ¿En concepto de qué puede decirse que hubiesen estado PARTICULARMENTE oprimidos en tiempo

de Bonaparte? Ellos gozaban cuantiosas fortunas; ellos desempeñaban los primeros puestos del Estado. ¿Pues qué? ¿Podrá decirse que los afectos á los Borbones, esto es, los realistas gozaron del favor durante la tiranía? Parece un sueño.

Lo cierto es que en los primeros momentos del regreso del monarca no llegó á establecerse la confianza de un modo absoluto: mucha gente estaba alarmada; hasta las mismas provincias se hallaban divididas y eran presa de incertidumbres y de agitacion: el ejército ignoraba si se le tendrían en cuenta sus padecimientos y sus victorias: temíase la opresion, y temíase las venganzas.

Empero el carácter del rey fue poco á poco dándose á conocer, y los recelos se fueron desvaneciendo: vióse brillar la aurora de una paz y la esperanza de una felicidad, de que todo el mundo se hallaba muy ageno. Todos los partidos, asegurados ya de las opiniones que habian tenido, y de los votos que en otro tiempo emitieron, depositaron en el monarca una justa confianza.

Desde aquel momento el rey no ha cesado de desplegar nuevas fuerzas, y la Francia ha marchado hácia su prosperidad. La debilitada oposicion sigue desmembrándose sin cesar; las patrañas, los terrores populares se disipan; el comercio adquiere vigor; las manufacturas florecen; las contribuciones se pagan; la deuda inmensa va quedando saldada; el ejército se siente animado de un solo y comun espíritu; los prisioneros y los soldados cumplidos han regresado al seno de sus familias; los oficiales con un retiro honroso gozan en sus hogares de la admiracion debida á su valor; las madres no se estremecen ya por el temor de nuevas quintas; la mas completa libertad de opiniones en las dos cámaras, en los libros, en los periódicos y en las conversaciones, anuncia que al fin hemos sido devueltos á nuestra dignidad natural; y todo el mundo se siente en pleno goce de sus derechos. Puesta sobre el corazon la mano, ¿de qué podríamos quejarnos? ¿de quién, ó de qué puede temerse miedo? ¿Hubo en tiempo alguno calma mas profunda tras de la tormenta? ¿Los libelos que combatimos no son hasta una prueba de la libertad mas amplia, y de la fuerza del gobierno? Todo marcha sin esfuerzo, sin opresion: los extranjeros contemplaban con asombro, y casi con envidia nuestra paz y nuestra prosperidad. Ya no se oía hablar de policía, de delaciones, de actos arbitrarios del poder, de ejecuciones, de reaccion pública, ni de venganzas particulares.

Los tribunales no han obrado mas que allí donde han creído hallar criminales, y su accion se ha limitado al arresto de algunos individuos que han sido puestos en libertad en el acto de haberse declarado su inocencia. Cada cual va, viene y obra según su voluntad. ¿Hay alguno que no esté contento? Todos los caminos le están abiertos; pida pasaporte; llévase su fortuna; nadie se le opondrá; en los caminos apenas se encuentra un gendarme. En un país en que se acaba de expedir la licencia á más de 400,000 soldados, no se encuentra, por decirlo así, una puerta cerrada, ni se habla de ningun salteador de caminos. Por todas partes existen hechuras y parientes de Bonaparte, que están en pleno goce de la proteccion de las leyes. Si disfrutaban pensiones sobre el Estado, el rey se las paga religiosamente. Si quieren salir del reino, volver á entrar, conducir cartas, enviar correos, hacer proposiciones, propalar rumores y hasta derramar dinero, reunirse pública ó secretamente, amenazar, distribuir libelos, conspirar como lo hemos dicho ya en otra parte, nadie se lo impedirá, pues eso no hace mal á nadie. Este gobierno de ocho meses es tan sólido, que aunque en la actualidad cometiera faltas sobre faltas, se sostendría á despecho de sus errores. El hermano de Luis XVI, la familia de

Luis XVI, la Constitucion que garantiza la libertad del reino son poderes que nada puede conmovier. Inmóvil sobre su trono el rey, ha calmado las olas en su alrededor sin ceder á ninguna influencia, á ninguna impulsión, á ningun partido. Su paciencia confunde; su bondad subyuga y arrastra, la paz de su corazon se trasmite á todos. A noticia suya han llegado las conversaciones que se han tenido, las pequeñas displiencias que se han manifestado, y los insensatos pasos que han podido darse; mas todo se ha desvanecido ante su inalterable serenidad. En otro tiempo cuando en Alemania una bala disparada hirió su cabeza, se contentó con decir: «*Si hubiera dado una línea mas arriba, el rey de Francia se llamaría Carlos X.*» Nada mas dijo: Cuando en el rigor del invierno se le dió orden de salir de Mistau, no profirió ni una sola queja. Esta magnanimidad sin ostentacion que le es característica, esta serenidad que por nada puede ser turbada, le acompañan tambien hoy en medio de la prosperidad. Dirígenle una apologia de la muerte de su hermano: léela; hace algunas observaciones y se la devuelve á su autor; y ¡sin embargo es rey! ¡y sin embargo todos los dias llora en secreto la muerte de su hermano! Al entrar por primera vez en las Tullerías el dia de su llegada á Paris, postróse de rodillas y exclamó: «¡Oh hermano mio, porque no has de haber vivido hasta este dia! Tú lo merecias mas que yo.» A cualquiera que se le acercó parece dispuesto á decirle: «¿Dónde podríais encontrar mejor padre? Dejadme cuidar vuestras heridas: me olvido de mis males para no pensar mas que en los vuestros.» ¿Pensais que en mi edad y despues de tantos sufrimientos podré ambicionar el trono para mí solamente? Solo me he sentado en él por provecho vuestro; quiero haceros tan dichosos, como desgraciados habeis sido.»

Quien vuelva alrededor de sí interior y exteriormente la vista, y no colme de bendiciones al príncipe que el cielo nos ha devuelto, no es por cierto digno de ser gobernado por semejante monarca.

CAPITULO X.

SI EL REY DEBERIA VOLVER Á USAR LAS ANTIGUAS FÓRMULAS EN LOS ACTOS EMANADOS DEL TRONO.

No falta quien manifiesta otro género de quejas: á semejanza de los niños mimados á quienes nada se niega, apenas sabemos ya á qué atenernos por lo tocante á nuestra dicha. «El rey quiso recibir la corona, como herencia y no como donativo del pueblo francés. Esta es la razon de llamarse rey de Francia y no rey de los franceses: volvió además á usar la antigua fórmula por la gracia de Dios, etc.»

Queremos una monarquía, ó no la queremos. En el primer caso, ¿desearemos que sea electiva? Si así es tenemos razon de no llevar á bien que el rey haya fechado su Constitucion del año diez y nueve de su reinado, y haya tomado el nombre de Luis XVIII. Mas si teniendo á la vista los inconvenientes de la monarquía electiva, volvemos á la hereditaria que es indudablemente la mejor de todas, el rey ha debido decir: «Reino, porque mis antepasados han reinado; reino por los derechos de mi nacimiento: á mí es á quien compete convenir con mis pueblos en la forma de institucion que regularice mi poder, asegure la libertad civil y política, y sea agradable á todos.» En ese caso nada hay mas consecuente que la conducta del rey: no somos una república, y por lo tanto no ha debido reconocer la soberanía del pueblo; tampoco somos una monarquía electiva, y por consiguiente no ha vuelto á ocupar el trono por vía de eleccion. Si os separais de estos principios, todo es confusion. A ciertos espíritus exaltados siempre les parece que el